

XXI Congreso Latinoamericano de Ciencia Política

Lisboa, Portugal

América Latina como actor en la reconfiguración geopolítica global

Eje

Política, Género y Diversidad

Una historia con ellas: Modos del ser-estar y hacer, apropiación del espacio público en diversas vertientes feministas, ubicados en la ciudad de Medellín, Colombia.

Adscrita al semillero de investigación en Comunicación, Ciudadanía y Política (SCCP) de la Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia.

Tatiana Cartagena Rojas

Hugo Andrei Buitrago Trujillo

2024

1. Introducción.

La investigación "Una historia con ellas: Modos del ser-estar y hacer, apropiación del espacio público en diversas vertientes feministas", realizada en Medellín, Colombia, se adentra en el rico y complejo mundo de los movimientos feministas de la ciudad desde una perspectiva cualitativa. Medellín, como microcosmos de la diversidad feminista latinoamericana, es un escenario donde convergen y resisten múltiples corrientes, configurando un entramado de voces y prácticas que desafían la noción de un feminismo monolítico.

Al reconocer la influencia de factores identitarios, raciales, de género, orientación sexual y económicos en la configuración de movimientos con necesidades y demandas específicas, se plantea una óptica irreverente a la idea de un feminismo homogéneo. En Medellín, estos movimientos se expresan a través de prácticas culturales, performáticas, artísticas, educativas y pedagógicas que transforman el espacio público, generando agendas propias y configurando una polifonía de voces en constante diálogo y confrontación.

Esta investigación cualitativa, de enfoque etnográfico, se sumerge en las experiencias vividas por diversas organizaciones y colectivas feministas en Medellín, a través de la observación participante y entrevistas dirigidas. La diversidad de estas vertientes, que abarcan desde afrofeminismos y transfeminismos hasta feminismos sindicales y estudiantiles, revela un ecosistema social vibrante y multifacético. Por este motivo, se develan los desafíos y logros de estos movimientos, considerando sus variadas perspectivas filosóficas, axiológicas y políticas.

Ante ello, no solo busca documentar y comprender la influencia de estos movimientos en la transformación social, sino aportar a la reflexión sobre la imposibilidad de universalizar el

concepto de mujer. Al redirigir la mirada hacia los contextos y experiencias particulares, este estudio aspira a enriquecer el debate académico y social sobre las múltiples formas de ser y hacer feminismo, resaltando la importancia de la diversidad y la pluralidad en la lucha por la igualdad y la justicia social, sin desconocer los retos que esto plantea.

A partir de estas ideas, nace un propósito de investigación, en el cual surgen unos objetivos específicos y el objetivo general de esta investigación como propósitos para explorar y comprender las dinámicas de los movimientos feministas en Medellín, a través de una perspectiva que privilegia la interseccionalidad y la diversidad de experiencias. A continuación, se detallan estos objetivos:

1.2. Objetivo General

El objetivo general de esta investigación es analizar, desde la vivencia de lideresas de diversos colectivos en Medellín, la apropiación del espacio público y la praxis feminista. Se busca entender cómo la interseccionalidad de factores como raza, orientación sexual, clase y etnia se entrelazan en estas experiencias, moldeando las formas en que las mujeres se apropian del espacio público y viven su feminismo.

Este enfoque interseccional reconoce que las identidades son múltiples y complejas, y que las experiencias de las mujeres en el movimiento feminista están influenciadas por la combinación de diversos factores. Al explorar cómo estos factores se entrecruzan en las vidas de las lideresas feministas de Medellín, motivo por el que la investigación busca comprender las particularidades de sus luchas, estrategias y formas de ocupar el espacio público.

1.3. Objetivos Específicos

La presente investigación se propone una serie de objetivos específicos que buscan comprender en profundidad la praxis feminista en Medellín, desde una perspectiva histórica y contextualizada.

En primer lugar, se busca rastrear la historia del movimiento feminista en América Latina y Colombia, desde sus orígenes hasta la actualidad. Este recorrido histórico permitirá identificar los procesos de atomización e interseccionalidad que han moldeado el movimiento, así como el panorama actual del feminismo en Medellín. Al comprender las raíces y la evolución del feminismo en la región, podremos situar las prácticas actuales en un marco más amplio de continuidad y cambio.

En segundo lugar, se pretende explorar la multiplicidad de prácticas que configuran la toma del espacio público por parte de los movimientos feministas en Medellín. Esta exploración abarcará diversas formas de expresión, desde lo cultural y performático hasta lo educativo y pedagógico. Al desentrañar estas prácticas, podremos evidenciar la creatividad y la diversidad de estrategias utilizadas por las feministas para visibilizar y reivindicar sus derechos en la ciudad.

Finalmente, el estudio busca comprender cómo los factores políticos, identitarios, raciales, de orientación sexual, clase y territorio convergen en la experiencia de las lideresas feministas. Este análisis profundo de las vivencias individuales y colectivas permitirá entender las particularidades y los desafíos que enfrentan las mujeres en su lucha por la igualdad y la justicia. Al considerar la intersección de múltiples factores, podremos comprender la complejidad de la praxis feminista y las diversas formas en que se manifiesta en la vida de las lideresas.

2. Crear el mundo con las palabras: introducción a los conceptos

En la revisión propuesta en este trabajo, varios conceptos se erigen como lentes críticos que permiten reflexionar sobre las complejidades de los movimientos feministas y de mujeres en la ciudad de Medellín. Esta exploración no es meramente descriptiva, sino que profundiza en la comprensión de la conceptualización que los sustenta, explorando autores y nociones que dan vida a los conceptos de interseccionalidad, subjetivación política y el cuerpo como territorio, en una conjugación que permite matizar estas luchas.

La interseccionalidad, un término introducido por Crenshaw (1989), revolucionó la comprensión de las dinámicas de opresión y ha permitido un análisis más profundo de las experiencias humanas. Crenshaw (1989) describe la interseccionalidad como un concepto que revela la convergencia de múltiples sistemas de opresión y cómo estos impactan de manera diferente en las personas dependiendo de su posición social. Aunque inicialmente fue desarrollado en el contexto estadounidense, se ha adoptado y adaptado por reflexiones feministas en América Latina para entender las complejas dinámicas de opresión en la región. Un ejemplo de ello se evidencia en Lagarde (2012), quien al decir que "los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas" introduce el concepto de cautiverios para describir cómo las mujeres están atrapadas en roles y estereotipos sociales que limitan su libertad y autonomía.

Segato (2016) aborda la violencia de género en América Latina desde una perspectiva decolonial. Ella explora cómo las estructuras de poder colonial continúan afectando la vida de las mujeres en la región, sosteniendo que "la violencia de género en América Latina no puede ser

disociada de la herencia colonial y las estructuras de poder contemporáneas" (p. 22). Segato (2016) argumenta que estas jerarquías coloniales persisten en las sociedades latinoamericanas y afectan de manera desproporcionada a las mujeres indígenas y afrodescendientes. Así, la comprensión de la violencia de género debe abarcar un análisis de las continuidades históricas y la persistencia de las jerarquías coloniales, enfatizando la importancia de este enfoque para abordar adecuadamente el problema.

Por otra parte, Curiel (2007) en su obra "Descolonizando el feminismo: Una perspectiva desde América Latina y el Caribe", subraya la importancia crucial de integrar las vivencias y puntos de vista de las mujeres más marginadas en el análisis feminista. Ella sostiene que, para comprender plenamente las complejidades de la opresión, es fundamental que las experiencias de las mujeres afrodescendientes e indígenas ocupen un lugar central en este análisis (p. 67). Curiel advierte que un enfoque feminista que no abarque las intersecciones de raza, género y clase será inevitablemente insuficiente y, en última instancia, poco efectivo.

María Lugones (2008) introduce el concepto de "colonialidad del poder", que explica cómo las relaciones de poder coloniales siguen impactando las identidades de género en América Latina. Según Lugones, entender el género en esta región requiere considerar profundamente las huellas perdurables del colonialismo. Este planteamiento se conecta con el análisis de Curiel, quien destaca la necesidad de un feminismo inclusivo y diverso que reconozca y aborde las múltiples formas de opresión que enfrentan las mujeres latinoamericanas.

Por otro lado, Julieta Paredes (2010) introduce el concepto de feminismo comunitario, integrando la interseccionalidad con las luchas comunitarias indígenas. Paredes argumenta que las formas de organización y resistencia de las mujeres indígenas ofrecen lecciones cruciales sobre cómo enfrentar las diversas dimensiones de la opresión. Ella sostiene que el feminismo

debe ser sensible a las realidades y necesidades específicas de las comunidades indígenas, integrando sus luchas por la justicia de género con las luchas por la justicia social y económica. Paredes enfatiza la importancia de un enfoque interseccional que considere las dimensiones de género, raza y clase para una comprensión completa de la realidad de las mujeres indígenas.

Finalmente, Cabnal (2010) subraya la importancia de un feminismo territorial y comunitario que integre las luchas de las mujeres indígenas y campesinas. Cabnal argumenta que la interseccionalidad debe incluir las luchas por la tierra y los territorios, fundamentales para la supervivencia y bienestar de muchas mujeres indígenas. Ella sostiene que estas mujeres enfrentan una opresión múltiple que abarca desde la explotación de sus tierras y recursos hasta la violencia de género. Así, destaca que cualquier análisis interseccional que no considere las dimensiones territoriales y ambientales está incompleto.

La noción del cuerpo como primer territorio ha sido un tema central en la investigación social latinoamericana, particularmente desde una perspectiva decolonial y feminista, en este sentido se hermana con la lectura que lo escrito aquí propone. Este concepto, desarrollado por diversas autoras y autores, concibe al cuerpo como el primer y más íntimo espacio de lucha y resistencia. La concepción de "cuerpo-territorio" como una epistemología latinoamericana y caribeña, formulada por y desde mujeres de pueblos originarios, es fundamental en este contexto. Cruz (2016) argumenta que esta articulación entre cuerpo y territorio "pone en el centro lo comunitario como forma de vida" y resalta la escala más micro, más íntima, que es el cuerpo, como "primer territorio de lucha" (p. 43). De esta forma, como cofundadora del feminismo comunitario en Bolivia, aborda el cuerpo como un espacio de resistencia que va más allá de lo individual. Enfatiza que el cuerpo es nuestro primer territorio, un lugar donde se entrelazan las experiencias personales con las luchas colectivas (Paredes, 2010, p. 23). Para Paredes, el

feminismo comunitario implica una reconfiguración de las relaciones sociales y políticas desde una perspectiva que valora y protege el cuerpo como fuente de poder y resistencia.

Por su parte, Gago (2020) subraya que la separación entre el ser humano y el entorno está profundamente arraigada en un pensamiento marcado por la colonialidad. Ella destaca que las relaciones coloniales del extractivismo afectan no solo a los territorios, sino también a los cuerpos. La autora menciona los movimientos que han empleado el concepto de "cuerpo-territorio" para situar las resistencias contra los ataques neoextractivistas, protagonizadas mayormente por mujeres.

Situándonos en el caso colombiano, la Comisión de la Verdad ha implementado estrategias para reconocer los impactos del conflicto armado sobre las mujeres, documentando casos, patrones y procesos relacionados con las violencias asociadas a dicho conflicto. En este marco, el cuerpo es visto como un territorio en disputa para los actores armados, y un espacio donde se manifiesta la presencia y el control de un determinado grupo. Reconocer las huellas de la guerra en el cuerpo y en la mente de las víctimas es esencial para el proceso de esclarecimiento y reconocimiento de los impactos sobre las mujeres (Comisión de la Verdad, 2019). El derecho de decidir sobre el propio cuerpo es una declaración de paz sobre un territorio que ha sido violentado de múltiples maneras. El cuerpo como territorio es una reivindicación del derecho a decidir sobre la tierra y el territorio, así como una demanda de derechos que han sido negados y una declaración de fin a la violencia (NHRF, 2020).

En última instancia, lo anterior se inscribe en dinámicas de la subjetivación política en América Latina como un proceso multifacético influenciado por contextos históricos, culturales y sociales específicos. Según Quijano (2000), la colonización y la imposición de un orden eurocéntrico han dejado huellas profundas en las subjetividades políticas latinoamericanas,

dando lugar a una resistencia constante y a la búsqueda de una identidad política propia, descolonizada y autónoma. Esta resistencia se ha manifestado a lo largo del siglo XX y XXI en movimientos sociales que han sido fundamentales en la configuración de nuevas subjetividades políticas. Estos movimientos no solo han luchado por cambios estructurales, sino que también han promovido formas alternativas de organización y participación política, desafiando las estructuras de poder tradicionales. Además, en la última década, las tecnologías digitales y las redes sociales han transformado la manera en que los individuos y colectivos se politizan y movilizan. Castells (2009) señala que la comunicación en red ha sido crucial en movimientos como #NiUnaMenos en Argentina y las protestas en Chile, donde las plataformas digitales han articulado demandas y visibilizado luchas.

La subjetivación política en América Latina también está profundamente influenciada por las intersecciones de raza, género y clase. Curiel (2013) menciona que las mujeres afrodescendientes han desarrollado formas específicas de subjetivación política que desafían tanto el racismo como el patriarcado, mostrando cómo la identidad política se construye en la intersección de múltiples ejes de opresión y resistencia. Teóricos como Michel Foucault y Judith Butler aportan marcos conceptuales clave para entender este fenómeno. Foucault (1990) argumenta que el poder produce realidades y regula subjetividades a través de prácticas discursivas y no discursivas, mientras que Butler (1990) sostiene que las identidades de género y políticas se forman mediante actos y discursos repetitivos que establecen y desafían normas sociales. Esta visión se complementa con la perspectiva de García (1995), quien describe la modernidad híbrida de América Latina como "las culturas híbridas no son la suma de fragmentos dispares, sino una nueva configuración de elementos diversos" (p.3).

Así, abordan la subjetivación política desde la interculturalidad crítica y la decolonialidad, subrayando la necesidad de transformar radicalmente las relaciones de poder y conocimiento, y de descolonizar los marcos epistémicos (Restrepo & Walsh, 2002). En este contexto, los movimientos feministas en América Latina han reconfigurado las identidades políticas de las mujeres, promoviendo una autocomprensión como sujetos políticos capaces de transformar la sociedad. Gutiérrez (2014) destaca que las prácticas comunitarias de resistencia generan nuevas formas de ser y estar en el mundo, cuestionando las estructuras de poder existentes y creando subjetividades políticas autónomas. Finalmente, Rivera (2010) afirma que la descolonización de las subjetividades políticas implica una revaloración de los saberes y prácticas indígenas, rechazando las narrativas coloniales y reconociendo las epistemologías indígenas en la construcción de subjetividades políticas.

Los conceptos anteriormente abordados toman cuerpo en el desarrollo a larga data de gestación y evolución de movimientos y procesos de feministas o de mujeres que se observa, conversa y discute en este trabajo.

2.2. Configurando subjetividades políticas feministas en América Latina, un esbozo histórico a sus orígenes.

En este apartado se pretende realizar una visión general de la evolución del feminismo y los movimientos de mujeres en América Latina, Colombia y Medellín, retomando el trabajo de diversos investigadores jóvenes y adultos desde múltiples áreas. En lugar de ofrecer una descripción exhaustiva, se propone una reflexión que se detiene en momentos específicos de esta historia, permitiendo una meditación sobre la evolución gradual de la atomización y la interseccionalidad como pulsos vitales de estos movimientos.

El concepto estricto del feminismo, tal como se ha rastreado en la historia, nace en el contexto de la Ilustración y la Revolución Francesa, impulsado por mujeres burguesas de clase media. Sin embargo, las características del siglo XIX en América Latina eran radicalmente distintas y no deben pasar desapercibidas si se quiere entender las coyunturas que dieron origen a los movimientos de mujeres y al pensamiento feminista latinoamericano. Estos movimientos se enraízan en contextos históricos, sociales y simbólicos que se manifiestan en las experiencias situadas de mujeres en todo el continente. Como señala Gargallo (2007), las feministas latinoamericanas de la misma época parecían más conservadoras, confiando aún en que la política masculina no las excluía, en un mundo donde liberales y conservadores católicos se enfrentaban constantemente.

Es necesario en este contexto evocar la memoria histórica para esbozar la densidad de este siglo para los pueblos de América Latina, puesto que es donde inician los procesos de independencia, marcando un punto de inflexión en la historia de la región. Estos procesos dieron inicio a un complejo despliegue de acciones que buscaban generar transformaciones en las relaciones de poder, las instituciones, las normas y los valores que regían la organización de la sociedad. Si bien la emancipación política de las metrópolis europeas significó un importante avance histórico, no logró modificar a profundidad las estructuras económicas, sociales y simbólicas heredadas de la colonia. Las nuevas naciones latinoamericanas adquirieron una fisonomía semi-feudal, con unas burguesías emergentes que reprodujeron a nivel local estas dinámicas. Desde el punto de vista de su contenido clasista, la revolución de independencia tuvo en América Latina un carácter potencialmente capitalista. Sin embargo, al no poderse vertebrar con un fuerte componente social burgués, el triunfo alcanzado con la emancipación no pudo despejar el camino para una postura independiente, frustrado por la acción de las grandes

potencias y las clases altas locales. Esto abrió la puerta a un proceso que recompuso la herencia capital y colonial, convirtiendo a las nuevas naciones en simples apéndices de los centros del capitalismo mundial (retomado de "Etapas y procesos en la historia de América Latina" de Sergio Guerra Vilaboy, 1997).

Reflexiones como estas han sido propuestas por Aníbal Quijano (1992), quien señala que, aunque el colonialismo formal parece ser asunto del pasado, la estructura colonial de poder ha producido discriminaciones sociales que posteriormente se codificaron en términos "raciales", étnicos, "antropológicos" o "nacionales". Estas construcciones intersubjetivas, resultado de la dominación colonial europea, fueron asumidas como categorías de significación ahistórica, es decir, como fenómenos naturales y no como parte de la historia del poder.

Desde esta perspectiva, la persistencia de las lógicas de dominación instauradas permeó profundamente la construcción del género y todas sus formas de opresión. Mariana Alvarado en "Epistemologías feministas latinoamericanas: un cruce en el camino junto-a-otras pero no-junto-a todas" (2016), retomando a Aníbal Quijano, María Lugones y Silvia Rivera Cusicanqui, expone que el vínculo entre capital y trabajo, así como la división entre trabajo libre (asalariado) y trabajo no libre (esclavitud y servidumbre), que no escapan a la realidad de las mujeres como un vector, hablamos de los trabajos de cuidado en los que se presencia altas brechas de participación de hombres en los roles asociados a la crianza, y en un sentido más amplio, los cuidados comunitarios, ambos pilares de la sociedad. Además estas ópticas son fundamentales para comprender la racialización de las relaciones sociales y la configuración del sistema moderno-colonial de género. La domesticación de las mujeres en el pacto social de género, el etnocentrismo y la heteronormatividad se erigen como un sistema moderno-colonial de género, donde las lógicas de esclavitud, servidumbre, subordinación y explotación se imbrican,

enmascarando la complejidad de las experiencias de mujeres en América Latina. De acuerdo con esto, las luchas de mujeres quedaron ensombrecidas por las urgencias políticas e históricas de la época.

El movimiento feminista en América Latina ha demostrado una naturaleza dinámica y diversa a lo largo del tiempo. Ha sabido adaptarse a los cambiantes contextos políticos, económicos y sociales de la región. Desde los primeros brotes de activismo a finales del siglo XIX hasta las luchas más radicales por los derechos reproductivos en el siglo XX, el feminismo latinoamericano ha tenido una notable capacidad de resurgir y reinventarse, a pesar de los altibajos y períodos de declive. Alejandra Morales García (2013) explica que, lejos de ser un movimiento rígido, el feminismo en América Latina se ha caracterizado por la pluralidad de sus demandas y perspectivas, reflejando la heterogeneidad de las realidades y experiencias de las mujeres en la región. La participación de las mujeres en las transformaciones sociopolíticas de América Latina, desde la época de las guerras de Independencia, ha otorgado un carácter específico al feminismo latinoamericano: su referencia al ámbito público para transformarlo (Gargallo, 2004).

A principios del siglo XX, surgieron organizaciones femeninas influenciadas por el liberalismo, socialismo y anarquismo, así como por el movimiento sufragista mundial, liderado por mujeres de clase media y alta que enfocaron su lucha en la conquista de derechos civiles y políticos. De acuerdo con Alejandra Morales García en "Feminismos en América Latina y el Abya Yala: Trayectorias de acción y reflexión política", algunos hitos clave fueron la participación de organizaciones femeninas en el Congreso de Libre Pensamiento de Buenos Aires en 1906, y el Primer Congreso Internacional Feminista en esa misma ciudad en 1910, donde se trataron temas como mejoras sociales, educación superior y denuncia de la doble moral.

Era cuestión de tiempo para que emergieran las inconformidades y tensiones que dieron paso a la tercera ola denominada postfeminista, dando lugar a discusiones como las de la teórica feminista Ochy Curiel, quien ha señalado que este avance ha permitido el surgimiento de una multiplicidad de feminismos, cada uno con sus propias voces, perspectivas y reivindicaciones. Los postulados de Rita Segato exponen la relevancia de reconstruir los vínculos comunitarios a través del afecto y la amistad entre mujeres, para así desarrollar prácticas y discursos que desarticulen el patriarcado colonial moderno y reconstruyan vínculos sociales más justos e igualitarios. La socióloga mexicana Raquel Gutiérrez ilumina las tensiones que habitan y deben navegar las tramas comunitarias centradas en garantizar la reproducción de la vida, resaltando la larga cadena de labores realizadas principalmente por mujeres, tan dignas como empobrecidas dada la feroz y sistemática presión capitalista.

A la luz de la información presentada, se concluye que no es posible homogenizar las luchas feministas en América Latina, dada la heterogeneidad de sus orígenes y el devenir histórico de la región. Estos antecedentes, que dieron un ritmo y naturaleza particular al movimiento feminista, también son el antecedente de las intersecciones que actualmente se están reflexionando. Esto ha resultado en la conformación de colectivos, procesos autogestionados e institucionales que integran aspectos de raza, género, clase y ecología en el núcleo de sus movimientos.

2.3. Alas en la Colombia revuelta: mujeres en la redefinición de la historia siglo XX.

En el estudio de la condición de las mujeres colombianas durante la primera mitad del siglo XX, Florence (2008) (Citando Forero) destaca un panorama de exclusión y subordinación.

Las mujeres de esta época se encontraban desposeídas de derechos fundamentales como el voto, el control sobre sus propiedades y la representación legal, relegándolas a roles domésticos donde se las instruía principalmente en labores como rezar, coser y cocinar. La percepción social predominante las retrataba como seres vulnerables y dependientes de la tutela paternal o conyugal. Por otro lado, Morales (2013) señala que los brotes feministas en Colombia surgieron en el contexto del siglo XX, periodo propicio para la introducción de ideas de transformación sociocultural y política, especialmente por la influencia de mujeres burguesas educadas en el extranjero. Este origen elitista subraya la naturaleza inicialmente exclusiva de los movimientos feministas en el país, marcados por una intelectualidad y un activismo que reflejaban preocupaciones y objetivos específicos de esa clase social. Según López (2008), "el movimiento sufragista en Colombia fue pionero en la incorporación de la perspectiva de género en la lucha por la ciudadanía plena" (p. 45).

En contraste con la historia predominante sobre las mujeres colombianas, que destaca la exclusión y la subordinación, existen episodios significativos que han recibido poca atención conforme a la Economista y Magíster en Derechos Humanos, María Alejandra Rodríguez Duarte en "1920, en Antioquia, se destacó la huelga obrera en Fabricato liderada por Betsabé Espinoza, una mujer que logró un incremento salarial del 40%. Este evento subraya la capacidad de las mujeres para liderar movimientos laborales importantes a nivel local, desafiando las narrativas de fragilidad y dependencia. Además, en 1927, 14,000 mujeres indígenas firmaron un manifiesto reivindicando sus derechos." (2006). Este acto colectivo refleja la diversidad de experiencias y la resistencia de las mujeres en contextos marginalizados, a menudo omitidos de los relatos históricos dominantes, quizá debido a la limitada comprensión de la época, que aún separaba las luchas de clase obrera y étnicas de las de género, encubriendo así los vínculos entre ambas.

A pesar de los obstáculos históricos resistidos por las mujeres , las pioneras del feminismo colombiano lograron alterar el curso de la historia. Sus esfuerzos no solo marcaron un antes y un después en la participación política de las mujeres, sino que también transformaron los imaginarios culturales de la segunda mitad del siglo XX. Fue en 1954 cuando se aprobó el derecho al voto femenino, un hito que abriría las puertas a una serie de conquistas. Las mujeres empezaron a acceder a la educación superior, a luchar por la igualdad salarial y a ocupar cargos públicos. Además, la institucionalización de la píldora anticonceptiva marcó un avance crucial en la autonomía corporal femenina.

2.4. Trenzando Historias, interseccionalidad y politización de la vida privada en la evolución del Feminismo Colombiano.

El contexto sociopolítico de Colombia en las décadas de 1960 y 1970 estuvo marcado por la violencia y la agitación política, factores que influyeron en el surgimiento y desarrollo del movimiento feminista. Según Pardo (2008), “la segunda ola del feminismo en Colombia surge en un momento de intensificación de la violencia política y social, lo cual condicionó en gran medida las estrategias y demandas del movimiento” (p. 45). Este período vio la emergencia de organizaciones feministas que comenzaron a cuestionar no solo la discriminación legal, sino también las normas culturales que perpetuaban la subordinación de las mujeres, de acuerdo a esto el feminismo en Colombia se vio influenciado por los movimientos globales y las luchas internas contra la desigualdad socioeconómica. Fraser (1990) destaca que "la teoría feminista de esta época comenzó a reconocer que las mujeres no experimentaban la opresión de manera homogénea, sino que las experiencias variaban según la clase social" (p. 154). En este intrincado

panorama, comenzaron a surgir las primeras reflexiones sobre la acumulación de opresiones que pesaban sobre las mujeres. Fue en este contexto que los primeros indicios de esa intersección comenzaron a aparecer revelando un entramado de injusticias que no podían ser comprendidas desde una única perspectiva. Las mujeres empezaron a articular sus experiencias desde una visión más amplia.

El feminismo ha sido un movimiento dinámico, difícil de contener y estrechar, reacio a prisiones y márgenes, desbordado, si se quiere. Especialmente en la segunda mitad del siglo XX, cuando se consolidaron cambios significativos en la lucha por los derechos de las mujeres. A partir de los años 70, la llamada "segunda ola" del feminismo trajo consigo una revolución en lo privado y lo íntimo, cuestionando el patriarcado y las estructuras que lo sostenían, empezando a establecer correlaciones experimentadas por mujeres diversas en todo el país, podría afirmarse que una vez obtenidos unos mínimos en la vida y participación de las mujeres, puesto que Según Wills (2004), las mujeres habían logrado autonomía jurídica, redefinido conceptos de "buena vida" y "moral privada", obtenido acceso a la educación superior y entrada en el mercado laboral remunerado. Sin embargo, estos avances fueron mayormente accesibles para mujeres de estratos privilegiados y, en muchos casos, las condiciones de participación laboral seguían siendo desiguales (Thomas, 2006). La radicalidad de las grietas que separaban las experiencias de unas mujeres sobre otras en razón de aspectos como la clase, el género, la raza, la cultura, el origen se volvieron indisimulables.

La investigadora Mara Viveros Vigoya señala que este momento formativo del movimiento correspondió a una época de revolución de la subjetividad en la que todo aquello que permanecía en el secreto de la intimidad salió a la luz. Se refiere a la manera en que las diferentes categorías sociales como género, raza, clase y sexualidad se interrelacionan y se

multiplican, generando experiencias únicas de discriminación y privilegio (Viveros Vigoya, 2016, p. 45). En este sentido preocupaciones de otro grado de profundidad empezaron a surgir, desdibujando las líneas y creando nuevas interrelaciones, lo que llevó a que las dinámicas de polarización caracterizaran su desarrollo en el territorio. Según Ramírez (2013), "las feministas de la segunda ola en Colombia desafiaron la idea de que lo personal era político, argumentando que las relaciones personales, las dinámicas familiares y las decisiones íntimas estaban moldeadas por estructuras de poder patriarcales que debían ser cuestionadas y transformadas" (p. 78).

En este período, la obra de Botero (1979) fue fundamental para entender las complejidades de la opresión de las mujeres rurales. Botero argumenta que "las mujeres campesinas enfrentan una doble carga de opresión: una derivada de su género y otra de su condición socioeconómica" (p. 223). Este enfoque anticipaba las discusiones interseccionales que surgirían con más fuerza en las décadas siguientes.

Esto se refleja en 1976, donde surgieron movimientos feministas en ciudades como Cali, Medellín y Bogotá, los cuales comenzaron a dirigir sus esfuerzos hacia una transformación cultural. Lemas como "Mi cuerpo es mío", "Toda penetración es imperialista", y "Diosa es negra" empezaron a aparecer en las calles, en folletos y en publicaciones, generando debates sobre el feminismo en ciertos círculos sociales. Estos debates, en su mayoría, fueron moralizantes y excluyentes hacia las mujeres que participaban o apoyaban las ideas de estos grupos feministas.

A pesar de estas dificultades, las ideas feministas comenzaron a tener impacto no solo en universidades y círculos intelectuales, sino también en barrios y comunidades, influenciando relaciones y experiencias personales. Esto llevó a lo que Lamus Canavate describe como "un

nuevo descubrimiento: la politización de la vida privada, de la vida cotidiana" (Lamus Canavate, 2009), concepto retomado por Alejandra Morales García en su monografía "Participación política de las mujeres en Medellín, una nueva experiencia de teoría y praxis feminista: Escuela de Formación Feminista" (2013, pág. 33).

En las décadas de 1980 y 1990, emergió una notable articulación del concepto de interseccionalidad, especialmente en el contexto de los movimientos feministas en Colombia, marcada por un reconocimiento creciente de la diversidad étnica. Según Crenshaw (1989), "la interseccionalidad permite comprender cómo las identidades múltiples y las estructuras de poder interactúan para producir experiencias únicas de opresión y privilegio" (p. 139). Este enfoque fue adoptado por las feministas colombianas para abordar de manera más precisa las formas específicas de opresión que enfrentaban las mujeres afrocolombianas e indígenas.

2.5. Consolidación de la interseccionalidad y la subjetividad como pulso de lo político en los movimientos de mujeres/feminismos en Colombia XXI

Las demandas situadas ofrecen un abanico de comprensión que desborda los límites y separaciones que el sistema crea en el anhelo de estrechar los límites de la reflexión e incluso la posibilidad de trabajar articuladamente para desbaratarlo, no obstante, estos esfuerzos fueron insostenibles, puesto que la experiencia vital de las mujeres acumulaba estas opresiones como capas de su propia piel. Allí la noción del cuerpo como primer territorio toma relevancia, exponiendo desde lo personal las colaciones de los sistemas. La posibilidad de refrendar aspectos quebrantados de nuestra sociedad, dígame la guerra, la explotación, la subordinación, la pobreza,

la persecución racial y étnica requiere una revisión de sus mecanismos internos y su particular modo de operación.

En el siglo XXI, se han consolidado movimientos que hermanan mujeres que comparten experiencias vitales, convirtiendo los cuestionamientos particulares en demandas públicas y políticas aún más sólidas con esfuerzos dirigidos a desenmascarar el rostro polimorfo de las violencias basadas en género.

Desde el inicio de este siglo en América Latina se retomaron reivindicaciones identitarias bien sustentadas en proyectos académico-políticos. Estas reivindicaciones, influenciadas por las migraciones de intelectuales de países recientemente liberados del yugo colonial, se alinearon con discursos y prácticas feministas de inspiración "post", enfrentándose al denominado "feminismo hegemónico". En Colombia, a pesar del contexto de confrontación política y violencias complejas, se ha impulsado una agenda que pretende avanzar en medio de esta maraña (Lamus, 2020).

Lo anterior se refleja en las persecuciones particulares a los pueblos indígenas, comunidades afrocolombianas, raizales y palenqueras, así como el pueblo Rom, han sufrido una lectura racializada por parte de los actores armados, quienes han percibido a las mujeres indígenas como seres inferiores o no civilizados, perpetuando así la violencia sexual (CNMH, 2017, p. 204). En respuesta, surge la propuesta de interseccionalidad de paz presentada por Kappler (2019), que sugiere comprender las identidades híbridas de las personas y las relaciones de poder cotidianas, evitando reduccionismos y entendiendo las narrativas individuales y colectivas como herramientas para explorar las desigualdades estructurales y las dinámicas de la violencia en los conflictos armados (Cabarcas Rivera, 2019).

En el contexto colombiano, Archila Neira (2015) enfatiza el papel fundamental de los movimientos de mujeres en la búsqueda de una paz duradera, destacando que "las mujeres han sido protagonistas en la búsqueda de soluciones negociadas al conflicto armado, aportando a la construcción de una paz incluyente y con justicia social" (p. 32). Este reconocimiento va más allá de las reivindicaciones de género, abrazando causas más amplias de justicia y transformación social.

Por otro lado, Aurora Vergara Figueroa (2008) reflexiona sobre el feminismo negro en la diáspora, subrayando que las comunidades diaspóricas, aunque concebidas como imaginadas, tienen raíces profundas en historias compartidas de dispersión, especialmente a través de la esclavización y trata esclavista a lo largo del Atlántico y el Pacífico. Desde esta perspectiva, el feminismo afrodiaspórico emerge como una visión compleja y heterogénea que refleja las diversas realidades de las mujeres afrodescendientes en diferentes contextos geográficos y momentos históricos.

En el ámbito colombiano contemporáneo, el movimiento de mujeres se caracteriza por su diversidad y dinamismo, integrando diversas corrientes feministas y otras corrientes que, aunque no se autodenominen feministas, comparten el objetivo común de igualdad de derechos y equidad de género. Según Solano (2003), este movimiento surge de la experiencia compartida de desigualdad que enfrentan las mujeres, reconociendo y abrazando la diversidad de identidades e intereses femeninos. Doris Lamus (2019) retoma esta idea al destacar la importancia de estas múltiples corrientes dentro del movimiento, enfatizando su capacidad para adaptarse y responder a las necesidades cambiantes de las mujeres colombianas en el siglo XXI.

3. Introducción a las verdaderas autoras

Las reflexiones internas, acuerpadas en mujeres de diversos orígenes, desbordan los límites de la comprensión de las violencias basadas en género, proponiendo desde sus propias reflexiones configuraciones políticas, sociales, simbólicas e individuales, que no se atemorizan en la búsqueda de las raíces y las ramificaciones, las relaciones entre toda clase de sistemas que trabajan de forma articulada y que no podrán ser reimaginadas, regenerados y desmontados sin trenzar su comprensión.

En estos procesos colectivos, cargados de voluntades individuales, el cuerpo como primer territorio no solo se erige como el sitio donde se inscriben las disputas cotidianas por la autonomía y la dignidad, sino como el epicentro de una geografía política donde convergen las injusticias más íntimas y, al mismo tiempo, las estrategias más audaces de liberación. En honor a esto, la presentación aquí se dispone desde la configuración de la mujer política en su individualidad, la colectivización de esas experiencias particulares y las apuestas de conquista en el espacio público y la sociedad.

3.2. La voz roja de Mey

Esa manera tan binaria de entender el mundo entre lo masculino y lo femenino, el cómo en términos del cuidado de las mujeres tenemos que renunciar a los espacios de juego como el fútbol o cualquier otro juego a cierta edad de nuestra vida porque nos encargamos de otras cosas. Debido a lo doméstico (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

Los hombres nacen con un balón bajo el brazo, sosteniéndolo como una práctica diaria que roza lo monótono. Las canchas populares en los barrios o las improvisadas en las aceras se

convierten en territorios tan familiares para ellos que la exclusión de género que encierran pasa desapercibida para muchos. Las hinchadas, los barristas y los estadios comparten esta característica, espacios saturados de masculinidad, donde la presencia femenina parece desdibujarse en el bullicio y la pasión desbordante por el juego. Sin embargo, toda historia está sujeta a evolucionar.

Desde su nacimiento en Caucasia Ruth Meyli Martínez Cárdenes, afectuosamente conocida como Mey, migra al municipio del Bagre, aunque no permanece por mucho allí, como un reflejo de la historia compartida por muchos colombianos, a la edad de 4 años se desplaza a Medellín a causa del conflicto armado interno. Como ella misma expresa, desde pequeña poseía una intuición aguda para detectar injusticias, una cualidad que solo forjaría el tiempo.

Dos hitos parecen anticipar la inclinación feminista de Mey, su hermana, cuya postura por la defensa de los derechos de las mujeres recuerda y su madre, quien, aunque probablemente no se definiría así, también le transmitió su fuerza y resistencia. En su voz se entreteje una narrativa audaz y reflexiva que desafía las convenciones de la radicalidad y la ternura dentro del feminismo contemporáneo. “La radicalidad también es no renunciar a cosas como la ternura o la suavidad” (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

Su feminismo se expresa en el cuidado hacia sus compañeras de vida, familia y amistades, extendiéndose incluso a su rol como joven universitaria, en donde mantiene posturas firmes para no dejar en el vacío las denuncias que considera relevantes. “Quiero para mi proyecto de vida llevar siempre el enfoque de género conmigo en lo que ejerza” (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

En el corazón de su discurso yace una interrogante profunda sobre las raíces de la incomodidad social, especialmente en relación con la clase social. Para Meyli, separar las

problemáticas sociales es insuficiente; el feminismo se aborda considerando su intersección con la economía y la estructura social más amplia que perpetua desigualdades que también ella ha experimentado. Por esto expresa lo siguiente:

Con mi hermana, nos nombramos a nosotras mismas como resentidas sociales porque sí, o sea, es una sensación tan inmensa de injusticia respecto a los que tienen tanto y abarcan tanto en el mundo, y no solo hacen eso, sino que desconocen por completo lo que hay más allá, que es la precariedad, el empobrecimiento, pues como la ausencia total de insumos, de medios, de herramientas para vivir de manera digna (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

En el ámbito académico, Meyli no solo se enfrenta a las injusticias sociales en la teoría, sino que también se sumerge en la lucha práctica contra ellas. Su paso por una universidad privada la ha expuesto a la insensibilidad de quienes viven ajenos a las realidades que ella ha experimentado tan íntimamente. La negación de la violencia y la injusticia por parte de sus pares académicos no hace más que avivar su ardiente determinación de desafiar los discursos hegemónicos establecidos y luchar por la memoria y el reconocimiento de las violencias estructurales que destrozan el tejido social. La precarización, las víctimas del conflicto armado y los derechos de las mujeres son pilares innegociables en su combate por una justicia auténtica y tangible.

3.3. Sororidad Roja, el fútbol es nuestro punto de partida, la expresión diversa de las mujeres nuestro punto de llegada.

El fútbol no es solo un juego, sino un campo de batalla simbólico donde se enfrentan y resisten contra la exclusión y el sexismo estructural. En el marco de esta premisa emerge

Sororidad Roja como una barra feminista del grupo de fútbol independiente Medellín, con una apuesta de barrismo social, feminista y antifascista que desafía las normas patriarcales arraigadas en el deporte. Además de reclamar el derecho de disfrutar los partidos, estas mujeres, provenientes de diversas disciplinas y realidades se congregan para cuestionar y transformar el espacio futbolístico, que “Creemos en la feminización, justamente necesaria en estos espacios, entendiendo que es importante que cada vez más mujeres puedan disfrutar de espacios como el fútbol, que han sido relegados históricamente a lo masculino y que se ha leído siempre como algo masculino” (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

A través de conversatorios y actividades educativas tomándose diferentes escenarios de la ciudad como el Museo Casa de la Memoria, la Librería Fernando del Paso, Comfama y la Universidad de Antioquia, han buscado además de legitimar su presencia en las gradas, desenmascarar las violencias cotidianas y los estereotipos de género que enfrentan, como mujeres barristas. La sororidad como ese principio de hermanamiento e igualdad entre mujeres, basado en compartir experiencias comunes que derivan de las opresiones basadas en el género. Desde cuestionamientos sobre su conocimiento del deporte hasta la legitimidad de su pasión, cada crítica es un recordatorio de la necesidad urgente de desafiar y reconstruir las narrativas dominantes del fútbol. Donde las mismas involucradas de esta realidad han afirmado lo siguiente:

Buscamos en medio de la afición al fútbol, también alguna repercusión en lo social, acciones afirmativas para que el fútbol se viva en paz, obviamente con el enfoque feminista del fútbol eso quiere decir, que no tenemos que justificarnos por estar acá, no tenemos que justificarnos porque nos gusta el fútbol, no tenemos que decir cuáles son nuestras razones para ir al estadio, no tenemos que saber que es un fuera de lugar, nos

gusta el fútbol y ya, y tenemos derecho a disfrutarlo (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

Actualmente utilizan su plataforma desde un activismo tanto físico como digital por medio de redes sociales como colectiva para operar como altavoz que denuncia violencias de género vividas por mujeres dentro de los equipos de fútbol, en las gradas y en la vida. Más que aspirar a la feminización del fútbol como un ideal distante, buscan convertirla en una realidad concreta y transformadora dentro de la cultura deportiva de la ciudad. “Hemos denunciado por medio de las plataformas diferentes situaciones que se presentan en el estadio de violencias, hemos abierto nuestra plataforma también para que mujeres nos cuenten qué les ha pasado en el estadio” (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

En el presente año se están capacitando en atención a violencias basadas en género para poder remitir a las mujeres que viven estas situaciones a las entidades y rutas adecuadas donde puedan recibir ayuda.

En lo personal, para Mey hacer oposición al fenómeno tan masculinizado del fútbol, marcado por violencias sutiles, se vuelve aún más difícil de enfrentar en solitario. La experiencia se torna menos abrumadora cuando se comparte con amigas, en colectiva, no solo porque brinda el apoyo, sino que también facilita la comprensión mutua.

Antes, ella no podía identificar ciertos comportamientos como actos de violencia; experimentaba ciertas situaciones cada vez que iba al estadio o disfrutaba de un partido con amigos hombres. “Me cuestionaban si realmente si me gustaba el fútbol o si realmente si era hinchita, que yo solo estaba viendo manes, semi desnudos corriendo en la cancha, sudados” (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

Expresa que le resultaba difícil articular lo que sentía, hasta que sus amigas barristas, empezaron a compartir experiencias similares, también a ellas les sucedía lo mismo cuando veía partidos con amigos o familiares, la exteriorización de estos sentimientos, vivencias e incomodidades les permitió evidenciar esos cuestionamientos eran formas de violencia, normalizadas pero injustas. Esto les brindo el poder de nombrar y confrontar estas injusticias sociales que afectan a las mujeres que disfrutan de intereses considerados inapropiados.

3.4. Conquistando el Territorio Futbolístico

En el entrelazado de lo político y lo personal, se revela una dinámica poderosa que trasciende las meras esferas individuales para permear el tejido social. Como afirma Mey "lo personal es político", una consigna resonante en toda América Latina que subraya las acciones que se adelantan de forma personal se pueden catalizar en transformaciones en el ámbito público. Este concepto cobra vida en las palabras de quienes participan activamente en iniciativas como Sororidad Roja. “Siempre en Conquista, como mujeres tenemos que conquistar los espacios que queremos habitar” (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

Estas palabras capturan la esencia de una acción que trasciende lo deportivo para convertirse en un acto político de reivindicación femenina. El estadio, símbolo de una esfera tradicionalmente masculina, donde brotan heridas raciales, de clase, de género se convierte en un territorio a conquistar, un espacio ganado con determinación.

Feminizar el parche, la casa, la cancha, el fútbol, el barrio, la vida. La violencia barrista es la materialización de un sistema patriarcal que enseña a sus hijos a ejercer poder sobre los y las otras, que se alimenta de ideas de victoria alrededor de quien violenta a quienes

no representan lo mismo que él, que se hace grande transgrediendo cuerpos ajenos y ridiculizando ideas opuestas (Martínez, Comunicación Personal, 2024).

La apuesta de barrismo social en la ciudad, como explica Meyli, se enfoca principalmente en colaboraciones con fundaciones, trabajos con niños, voluntariados y asistencia a habitantes de calle. Sin embargo, esta iniciativa rara vez considera la inclusión de mujeres dentro del entorno futbolístico. Resistencia Norte, la institución que legitima la existencia de las barras, no ha reconocido oficialmente a Sororidad Roja, lo que implica que no pueden ingresar sus símbolos de manera abierta en el estadio. Esto refleja una exclusión institucionalizada en las canchas.

Figura 1.

Grupo de Sororidad Roja.



Partiendo de la premisa de que el fútbol no es inherente a un género, sino un componente vital de la cultura popular, obrera y, en general, colombiana, la barra social y feminista Sororidad

Roja lucha por su inclusión en el ámbito futbolístico. A pesar de las restricciones, ingresan sus emblemas de manera clandestina y persisten en levantar siempre el trapo que dice "Sororidad" en letras blancas sobre un fondo rojo y azul. Esta acción simboliza su esfuerzo por visibilizar a las mujeres en el entorno futbolero, abogando porque sus mensajes trasciendan las barreras físicas y digitales, y permeen todos los espacios sociales para incidir en la conciencia colectiva, adicional a esto también se alinea con demandas globales del feminismo, como el derecho al aborto, la libre expresión, el trabajo digno y la lucha por la dignificación de las clases. Utilizan las canchas como su plataforma para vigilar y desafiar la persistente cultura patriarcal.

3.5. El Trabajo Doméstico en Colombia, el pulso anónimo del sistema

Los hogares como monumentos de lo privado son la arquitectura idónea para socavar las economías del cuidado a una naturaleza de lo anónimo, El trabajo doméstico, aunque sea ejercido como oficio por 649 mil personas en Colombia de acuerdo con el ministerio del trabajo en el 2023, de las cuales el 94% son mujeres (ONU MUJERES,2020), es un corazón que bombea a un sistema que rara vez lo reconoce. Estas mujeres, históricamente racializadas, precarizadas y migrantes enfrentan una doble carga, no solo manteniendo a flote sus propios hogares, sino también soportando la estructura de una sociedad para la que permanecen invisibles. El valor extraído de su labor es como un río soterrado que alimenta la opulencia de la superficie capitalista y del sistema moderno como lo conocemos.

Reinalda Chaverra Mena experimentó directamente las duras realidades del trabajo doméstico en Medellín desde la edad de 13 años, su voz prende una selva antes oscura. En la ciudad, Reinalda enfrentó un mundo desconocido y hostil, donde fue forzada a cuidar los hijos

de un pariente lejano, enfrentando largas jornadas de trabajo hasta el cansancio y sin ninguna clase de remuneración, siendo además privada de alimentación o cualquier trato digno. La dureza de la vida urbana contrastaba profundamente con la libertad que había conocido al lado de su abuelo, lo que la llevo a experimentar el desarraigo de su territorio Tutunendo, choco, Colombia.

Esta situación es reflejo de un fenómeno extendido en América Latina, donde las mujeres, especialmente afrodescendientes, indígenas y de comunidades rurales son reclutadas para el trabajo doméstico bajo condiciones que profundizan la desigualdad y la explotación. Convirtiendo a el trabajo doméstico remunerado es una forma de empleo precario que frecuentemente se asigna a mujeres de bajos ingresos y con poca educación formal, exacerbando las disparidades socioeconómicas existentes.

Años después retornó al trabajo doméstico, como fuente de subsistencia esta vez de forma voluntaria, aunque ahora era remunerado, el ambiente aún encerraba los mismos riesgos. En este contexto Reinalda experimentaría su propio punto de no retorno que definiría su posicionamiento político como lideresa en su gremio y comunidad.

Fue al interior de este nuevo trabajo, que se había presentado para ella como una buena oportunidad donde se sentía tratada con aparente dignidad, que enfrento la vulneración de los derechos de su hija, tras una quemadura a causa de un agua de panela hirviendo que necesito atención médica urgente, durante un día laboral de Reinalda. En su angustia compartió la noticia con quien en ese entonces era su empleadora, la cual la insulto por no ir a su trabajo y la acuso de negligencia laboral, en el afán del momento Reinalda le pidió que encontrara a alguien más para cubrir su ausencia. Dos días después, cuando intentó regresar, la reacción fue indiferente pues le ordenaron recoger sus cosas y le negaron cualquier compensación, acusándola de haber abandonado su trabajo.

Esta reacción de su empleadora frente a la dignidad humana de su hijo provocó la determinación de Reinalda para enfrentarla legalmente. A pesar de los desafíos y la desestimación inicial de su exjefa, quien argumentó que un juez le creería con más facilidad a ella, la persistencia de Reinalda en el proceso judicial culminó en una victoria después de tres años, simbolizando no solo una reivindicación personal sino también un acto de resistencia contra la injusticia estructural que subyace en el trabajo doméstico.

Eso fue lo que me impulsó a mí como en esa lucha, yo decía, así como me paso a mí les pasa a muchas, muchas trabajadoras domésticas, han perdido sus hijos, los están perdiendo...entonces eso me lleva a mí hoy a defender los derechos de las primeras infancias (Chaverra, R., Comunicación Personal, 2024).

Reinalda, forjada en las brasas de una infancia arrebatada y una maternidad truncada, no permitió que el fuego de estas injusticias consumiera su esencia al contrario su espíritu se templó, convirtiendo su propia experiencia vital en el insumo para una lucha por los derechos plenos de las trabajadoras domésticas y sus hijos, en un mundo donde la dignidad no se mendiga, sino que se exige lleva más de 10 años desde que se convirtió en líder del sindicato, protectora en su comunidad la comuna 8 y una soñadora inderrumbable. “Las mujeres Trabajadoras domésticas, no tienen oportunidad de estudiar, y tuvo que aprender a vivir así, ahorita tenemos que hacer que esta labor sea un trabajo digno y decente” (Chaverra, R., Comunicación Personal, 2024). En un contexto como el Valle de Aburra, que continúa a base de ignorar muchas realidades particulares que lo habitan, pensarse en comunidad y adelantar desde el intercambio, la compartencia, el debate y la reflexión social fue el impulso vital para el nacimiento del Sindicato de Trabajadoras Domésticas.

3.6 En la diáspora, el feminismo se pare

El proceso de Obligadas es por las personas que lo componen. Su génesis se remonta a la confluencia de mujeres con más de una década de experiencia en formación popular, comunicaciones y trabajos sociales. Estas mujeres, dispersas en diferentes escenarios de la ciudad, observaban cómo otras mujeres negras compartían experiencias similares sin articularse, tomando la determinación de unirse para crear un espacio donde sus voces y vivencias pudieran resonar con fuerza en una ciudad que todavía se escandalizaba ante la posibilidad de pensarse la intersección de raza y género. Los testimonios dispuestos en este texto a solicitud del colectivo, estarán citados en clave de organización social.

Ombligadas nace de un deseo profundo de arraigo y pertenencia en un contexto donde muchas de sus integrantes, mujeres negras y afrodescendientes, se encontraban alejadas de sus territorios ancestrales o habían nacido en la ciudad de Medellín, siendo negadas por el mismo contexto social de la ciudad. “Todas somos mujeres negras y afrodescendientes, pero habitamos un contexto de ciudad, o sea no estamos en territorios ancestrales, y muchas de nosotras no fuimos criadas completamente en territorios ancestrales con toda la ritualidad que eso implica, entonces ninguna de nosotras tuvo la fortuna de ser obligada” (Ombligadas). refiriéndose a la huerfanidad de esos rituales ancestrales donde dotan a las personas de cualidades específicas a través del enterramiento simbólico de la placenta y el ombligo.

Este concepto de obligamiento, profundamente arraigado en la cultura del Pacífico colombiano, se convirtió en una metáfora poderosa para estas mujeres. No podían recrear el ritual físico, pero podían emprender un viaje simbólico hacia sus raíces y construir un sentido de

comunidad y pertenencia en la ciudad. Así, Ombligadas más que un nombre es una declaración de intenciones.

Su apuesta es la inclusión y la diversidad. originalmente enfocadas en mujeres negras, aunque pronto se dieron cuenta de la necesidad de ampliar su enfoque para incluir a mujeres negras diversas que hacían parte de las disidencias sexuales. Este reconocimiento de la diversidad dentro de su propia colectividad les permitió abrir espacios para otras voces y experiencias, fortaleciendo así su capacidad de incidencia y representación.

La necesidad de hablar de unas intersecciones de realidades particulares por ejemplo de mujeres negras y lesbianas o mujeres negras y bisexuales o mujeres negras trans u hombres trans. Como se van sumando esas capas en la construcción identitaria y por ende política hacia afuera (Ombligadas).

3.6. Desbaratando los estereotipos, atomizaciones internas y rechazos.

Ombligadas no ha estado exenta de los estereotipos que la sociedad les impone. "La gente se hace una idea por los grupos con los que trabajamos y por las cosas que defendemos" explica una de sus integrantes. La percepción común asume que las miembros de Ombligadas son "mujeres negras empobrecidas," reduciéndolas a una imagen de precariedad no solo económica, sino también discursiva. Este estigma afecta profundamente la posibilidad de compartimentar ideas entre colectivas, con una disposición real, abriendo al contrario senderos a la continuidad de instrumentalización política y social que ven solo el cumplimiento de una cuota de diversidad sin asumir un verdadero compromiso con sus causas.

Rechazan la simplificación de su lucha a meras conmemoraciones folclóricas, que sin cuestionar su relevancia nubla la complejidad que alberga la sujeto afro. "No estamos para hacer

conmemoraciones del día de la Afrocolombianidad, ni para hacer una presentación de baile" afirman con firmeza. La organización entiende la importancia de visibilizar sus saberes, pero se opone a la superficialidad con la que a menudo se abordan estos temas. En lugar de limitarse a eventos simbólicos, Ombligadas apuesta por un enfoque que incluya discusiones críticas sobre afrofeminismos y violencias basadas en género, temas que a menudo son evitados por ser considerados complicados.

Dentro del panorama de movimiento afrodescendientes, Ombligadas ha enfrentado desafíos significativos debido a la mirada tradicional que fragmentan y debilitan sus esfuerzos. "El solo hecho de que nosotros hayamos incluido el tema de diversidades ha sido una cosa bien fuerte, porque nos ha costado bastante en términos de incidencia con las comunidades" explican. Este esencialismo reduce la identidad afro a una serie de características inamovibles y folclóricas, ignorando la diversidad y complejidad dentro de la comunidad. Como resultado, la inclusión de temas de diversidades sexuales y de género ha sido vista con recelo y rechazo, no solo por la sociedad en general, sino también dentro del propio movimiento afro, donde "nadie quiere hablar de la gente negra marica" (Ombligadas). Esta fragmentación interna debilita la cohesión impidiendo la consolidación de agendas colectivas, que desmonten las relaciones de competencia y caudillismo, puesto que ellas sostienen, hay espacio para todas y todos.

El limitado espacio otorgado por la sociedad a la hora de entregar presupuesto opuesto a lograr la inclusión genera una dinámica de fragmentación y exagera la rivalidad. "Como solo hay espacio para un negro diferente, no para dos, no para tres, si yo pierdo mi espacio, el otro no se constituye como mi compañero, mi compañera, mi colaborador, sino que se convierte en una competencia", explica una integrante de Ombligadas. Esta situación crea un ambiente donde las organizaciones afro se ven obligadas a competir ferozmente por una cuota limitada, mientras que

las organizaciones blanco-mestizas disfrutaban de mayores oportunidades y, por lo tanto, sus luchas internas son menos visibles e intensas.

Dentro del movimiento feminista en Medellín, destacan la presencia histórica de mujeres que han abordado el afrofeminismo en las discusiones internas. Sin embargo, estas voces individuales, aunque valiosas, no siempre han tenido un impacto significativo en las asambleas o debates. La situación cambia radicalmente cuando estas voces se organizan en una colectividad. "Ya nos convertimos en una colectividad que representa a otras personas, pues nuestra voz ya tiene mucho más peso", señala una integrante de Ombligadas. Esta transición de lo individual a lo colectivo otorga a sus demandas una mayor visibilidad y fuerza, para así abarcar diversas dimensiones de la opresión e identidad afro.

3.7. Sin huracanes ni consensos

Una de las lecciones más importantes que Ombligadas ha aprendido es la necesidad de perderle el miedo a no tener consensos. En una sociedad que a menudo valora la unanimidad, la falta de acuerdo puede ser vista como una debilidad o un fracaso. Sin embargo, en palabras de una integrante de Ombligadas, "creo que estamos muy acostumbrados a que todos tenemos que estar de acuerdo, y resulta que hay veces que no estamos de acuerdo, y eso no es una señal de algo negativo, sino una señal de que somos una sociedad sana". La diversidad de opiniones y perspectivas es esencial para una sociedad realista y autocrítica. No se necesita un consenso absoluto para avanzar; de hecho, los desacuerdos pueden ser el motor de un pensamiento más profundo y de soluciones más innovadoras. La clave es aprender a convivir con esas diferencias, reconocerlas y aprovecharlas como una fuente de fortaleza y crecimiento.

La historia de Ombligadas también resalta el impacto significativo que pueden tener los pequeños colectivos y organizaciones en la transformación social. "No se necesita la gran ola que tumbe todo, y la sociedad no se va a transformar con un tsunami, o con un terremoto", afirman desde la colectiva. En lugar de grandes gestos, son los pequeños procesos, bien dirigidos y con personas idóneas, los que generan cambios duraderos. Estos pequeños organismos no buscan el enriquecimiento monetario, sino la mejora de la calidad de vida y la justicia social. "Los procesos sociales no enriquecen a nadie en términos monetarios, pero sí en términos de experiencias de vida", enfatizan. Es en estos espacios más íntimos y conectados donde las verdaderas transformaciones se gestan, lejos de la instrumentalización y la corrupción.

Sin embargo, uno de los mayores desafíos para colectivos como Ombligadas es la articulación de una agenda conjunta que permita a diversas organizaciones trabajar hacia objetivos comunes. "Nos hace falta hacer una agenda conjunta", reconocen, subrayando la importancia de encontrar puntos de intersección y colaboración. En un contexto político donde la división y la competencia son la norma, construir una agenda común es un acto de resistencia y de construcción de poder colectivo. "Si las organizaciones en una agenda conjunta están llegando a unos acuerdos mínimos que son acuerdos de dignidad, acuerdos de visibilizarían de las necesidades... pues háganlo ustedes", La posibilidad de crear una coalición amplia y diversa, que respete las especificidades de cada colectivo pero que también se una en objetivos fundamentales, es un reto formidable pero también una gran oportunidad. Es en estos acuerdos mínimos donde se puede construir una fuerza capaz de enfrentar las estructuras de poder y transformar realmente la sociedad.

4. Las flores también son neas, nacer en la loma San Cristóbal.

En la vereda Loma, corregimiento San Cristóbal, donde las casas desafían la geografía agreste de las márgenes del valle de Aburrá, creció Josely, una joven de 19 años que hoy como le enseñaron reclama el barrio y la posibilidad de soñar en él. Este territorio es ambos rostros, la gestación, continuidad e impunidad de conflictos armados que han desmontado la paz y en paralelo los espacios de vida que se erigen sobre el imposible de las condiciones para generar cuidados colectivos que propenden por la protección de las infancias y las adolescencias

La casa de Josely desde que tiene memoria es un refugio en el barrio un lugar para aquellos cuyos padres trabajaban largas jornadas en el día. Su tía, llegada en 1995 junto con toda la familia, se estableció y construyó su hogar en esta ladera. Mientras estudiaba licenciatura en educación infantil, tomó las riendas de un hogar comunitario en el año 2000. Desde entonces, por 24 años, ha sido el pilar de procesos de educación popular y cuidado infantil, tejiendo una red de solidaridad que ha sostenido a la comunidad. Josely creció en este entorno de apoyo mutuo, aprendiendo valores de servicio y cooperación que son su legado de crecer allí.

De este contexto, no aprendió las tradiciones que el mundo moderno le ataña a la ruralidad tales como la siembra, si no otras, que definen hoy la condición más profunda de sus apuestas sociales, le brindo una voz firme y un espíritu combativo por la justicia. Vivir en estos barrios periféricos le mostró la dureza de acceder a la educación, a espacios de esparcimiento y a lugares donde pudiera ser escuchada. La experiencia de habitar en la Loma la fortaleció, la hizo más empática y la unió aún más a su comunidad. "La montaña," como le dice la entrevistada, "te enseña a soñar en grande, a no rendirte ante los límites" (Josely, Comunicación Personal, 2024).

Lejos de la romanización a las dificultades particulares, Josely habla desde las entrañas de estas lomas, donde las posibilidades y las heridas del territorio coexisten.

Actualmente trabaja con los niños del barrio porque quiere transformar sus futuros, así como una vez transformaron el suyo. Los niños agradecen estos espacios de recreación y educación, donde pueden escapar de sus rutinas y ser simplemente niños. Pueden recorrer el barrio con ella, apropiándose de él, porque “porque no es de nadie más, el barrio es de nosotros.”

En este rincón de Medellín, Josely y su comunidad se apropian del territorio, de su memoria colectiva y de sus talentos. Trabajan con el arte.

Entonces, como apropiarnos de eso, apropiarnos de la palabra del territorio, apropiarnos de la memoria colectiva del territorio, apropiarnos de nuestras habilidades como el arte, que es de lo que trabajamos principalmente, trabajamos con el grafiti, trabajamos con la fotografía, trabajamos con el baile, trabajamos con la escritura, con la recreación, con el deporte, hacemos muchísimas cosas como abriendo y propiciando un espacio para esas juventudes, para que piensen y sueñen en grande, para digamos como construir, desde el territorio ese es como mi verdadero propósito y a lo que me lleva a vivir en la ruralidad (Josely, Comunicación Personal, 2024).

Así, en la Loma San Cristóbal, las flores también son neas, creciendo en medio de los desafíos, reclamando las posibilidades futuras, brotando con la misma fuerza que la maleza en las laderas se expresa de forma indómita y audaz.

4.2. El origen cotidiano de un descontrol, procesos comunitarios en la loma

En el año 2006, la arquitectura urbana del Valle de Aburrá todavía conservaba una estructura contenida. En ese tiempo, las hijas de la tía de Josely crecían en un entorno de ignorancia respecto a sus propios cuerpos, debido a el tabú que alejaba a las niñas de la educación sexual y menstrual, y les impedía explorarse a sí mismas. En aquella casa comunitaria, se reunían con sus amigas para resolver dudas, formulando preguntas tan ingenuas como urgentes: "¿Si tomo una Coca-Cola con menta, ¿no quedará embarazada?". Así, acudían a esa madre comunitaria, quien se sentaba con las niñas y les ofrecía algún nivel de claridad "Así no funciona. Si no quieren quedar embarazadas, pueden hacer esto, usar condón, planificar. Hay otros métodos" (Josely, Comunicación Personal, 2024). Así nacía una forma de educación popular y en la informalidad de estos encuentros termino originándose un grupo que perdura hasta hoy, El Descontrol. "Entonces había un descontrol de edades, había un descontrol de pensamientos, había un descontrol de identidades" (Josely, Comunicación Personal, 2024).

Inicialmente este, era un grupo era solo de mujeres y se centraba en temas como la menstruación y la conexión con ellas mismas. Estos procesos, llenos de intimidad y sororidad, se desarrollaban en rituales compartidos, forjando un vínculo para compartir las experiencias femeninas. A la edad de nueve años, una vez asentada en La Loma Josely creció con el impacto que la operación Orión en la Comuna Trece, sucedida en el 2002 lego a este territorio, quien dio continuidad a los procesos de verdad y continuo buscando justicia y reparación.

En el marco de esta ampliación de las acciones colectivas y el encuentro de intenciones y dolientes por el territorio, se desarrollaron acciones como la Semana de la Juventud, festivales, recorridos con música, arte en el anhelo de apropiarse del territorio, rompiendo las fronteras invisibles que había heredado el conflicto, esto creo una noción de lo común por parte de los

colectivos, el de quitarle jóvenes a la violencia. Lo que había comenzado como un colectivo centrado en la intimidad de las mujeres jóvenes de la vereda, terminó amalgamándose en una lucha colectiva por la dignidad de la vida, un principio que los unía.

El grupo experimentó un notable fortalecimiento y surgió la Plataforma de la Juventud, respaldada en sus inicios por la unidad de víctimas. Después de varios años de colaboración, en 2018, la unidad de víctimas informó que ya no podrían continuar apoyándolos. Ante este desafío, el grupo consolidó su proceso decidiendo construir Casa Loma, que agremiaba organizaciones como Talleres Reyes, Jóvenes Reconstruyendo Tejidos, Jóvenes Dejando Huellas, El Descontrol, y una banda de punk que se sumó a ellos, entre otros colectivos, colaboraron estrechamente.

Esta cooperación fue esencial para desarrollar diversas iniciativas que beneficiaron a la comunidad. Con el tiempo también fueron estableciendo redes de colaboración incluso a nivel internacional, realizando un intercambio de experiencias, donde socializaron las problemáticas identificadas por ellos con un proceso del Perú. Las problemáticas de esta ciudad era la participación de las juventudes en ciertos espacios, más por el tema de violencia, como que muchas veces la más fácil era irse a vender drogas, o ir a matar para conseguir dinero, porque no había muchas oportunidades y en Perú la problemática era el tema de los embarazos adolescentes, el tema del desconocimiento, las mujeres explorando y que allá también se ejerce algo muy fuerte con el tema del machismo, entonces son como mujeres que son silenciadas, mujeres que no saben muchas veces qué hacer, entonces como que logramos articular lo que ellos hacían allá y lo que nosotros hacíamos acá e hicimos un intercambio (Josely, Comunicación Personal, 2024). Este proyecto fue crucial, pues desembocaría en el nacimiento de la organización comunitaria Warmi Pacha.

5. Warmi Pacha, mujeres rurales en el Valle.

El génesis de Warmi Pacha se encuentra en los encuentros semanales que un grupo de mujeres tenía en la biblioteca de San Javier. Estos encuentros, enmarcados en el proyecto de Casa Loma, eran una válvula de escape, un espacio donde podían hablar de sus cuerpos, de sus experiencias y de sus sueños. Sin embargo, cuando el proyecto llegó a su fin, estas mujeres se negaron a ver desaparecer el proceso. Fue entonces cuando decidieron formalizar su grupo y darle un nombre que contuviera su perspectiva como jóvenes rurales de San Cristóbal: Warmi Pacha que en quechua significa "mujer y tierra". La conexión con la Pachamama, el padre sol y la madre luna subrayan fueron estas referencias que les ayudaron a establecer un vínculo profundo como mujeres con la naturaleza y el territorio. En enero de 2020, justo antes de que la pandemia de COVID-19 azotara al mundo, la colectiva se consolidó como una asociación, estableciendo su propia "casita", un refugio, que vive desde el 2018.

5.2. El género, una raíz indispensable

El enfoque principal es la lucha contra las violencias basadas en género. Este trabajo se realiza en varios frentes, uno de los más significativos es con un grupo de mujeres tejedoras mayores. A través de actividades como el collage, el tejido y las conversaciones para crear un espacio seguro para que estas mujeres hablen de temas que han sido relegado a la intimidad, permitiendo que reflexionen y discutan las violencias basadas en género, transformando esta herramienta en una que les permite redefinir sus vidas y sus relaciones.

Las mujeres mayores que nunca se atrevieron a mirarse desnudas en un espejo ahora encuentran el coraje para hacerlo, reconociendo y reivindicando sus cuerpos, a partir de las reflexiones que construyen con las jóvenes de la colectiva. Nos contaron que algunas de ellas, no era capaz de bañarse completamente desnuda, algo de una falta de apropiamiento corporal, algo también de tabús (Josely, Comunicación Personal, 2024). Estas experiencias no solo cambian la percepción que tienen de sí mismas, sino que también transforman su entorno, al evocar otras discusiones desde los conceptos, marcos de comprensión e intercambio intergeneracional de experiencias.

Desde el principio, Josely enfatiza la importancia de que cada individuo construya su identidad y sueños a partir de sus propias experiencias. Este proceso de construcción personal se ve reflejado en la dinámica del grupo Warmy, donde las mujeres rurales, afrodescendientes y de diversas orientaciones sexuales y orígenes enfrentan múltiples formas de violencia que colectivizan a través del proceso comunitario, menciona cómo la colectiva se diferencia de otras similares debido a su enfoque en la diversidad. Este grupo no sería lo que es sin la variedad de experiencias y antecedentes que sus miembros aportan, resaltando esa unicidad y valor de cada historia individual dentro del colectivo. Esta diversidad no solo enriquece el grupo, sino que también lo fortalece en su lucha contra el machismo y otras formas de opresión, que se encuentran en un punto crucial el género. “Yo creo que todas recibimos diversos tipos de violencia, pero finalmente llegamos a una concreta, que es el machismo, en general.” (Josely, Comunicación Personal, 2024).

5.3. El barrio es de nosotros

Terrazas (2013) en su enfoque en la educación popular por Josely relata cómo organizan talleres de lectura y escritura todos los sábados, no solo para enseñar habilidades básicas, sino también para empoderar a los niños y niñas en el reconocimiento y apropiación de sus cuerpos y palabras. Considerando tanto el desarrollo académico como la conciencia social, preparando a los niños para enfrentar, resistir y combatir las violencias de género que puedan encontrar en su entorno. La estrategia de Josely para atraer a más niños a estos talleres muestra una comprensión profunda de sus intereses y necesidades. Al reconocer que los niños se sienten más atraídos por actividades recreativas y deportivas, comenzó a organizar salidas quincenales, integrando el aprendizaje con el juego y la exploración del barrio. Esta táctica no solo aumentó la participación, sino que también permitió a los niños conectar con su entorno de manera significativa, promoviendo un sentido de pertenencia y responsabilidad comunitaria.

El arte ha sido crucial en este proceso, el graffiti es un ejemplo poderoso de cómo el arte puede servir como herramienta de expresión y resistencia. Los niños, entusiasmados por la idea de aprender a graffitear, encontraron en estos talleres una forma de canalizar su creatividad y energía. Con la colaboración de la comunidad, estos talleres enseñaron una nueva habilidad, sino que también ofrecieron una salida positiva para la autoexpresión. A través de la educación, el arte y la apropiación del espacio, han creado un entorno donde la diversidad es celebrada y la resistencia es cotidiana.

La lucha contra el machismo y otras formas de opresión continúa, pero es en la unión y la acción colectiva donde encuentran su mayor fortaleza. Warmi ante esta premisa no es solo un lugar; es un testimonio vivo de lo que puede lograrse cuando las mujeres se unen, se apoyan y trabajan juntas por un futuro más justo desde perspectivas situadas y profundas.

6. Conclusiones

La colectivización de lo personal y la apropiación del espacio público desde la subjetividad política representan un entrelazamiento dinámico entre lo íntimo y lo colectivo, entre la experiencia individual y la acción política transformadora. Desde una perspectiva histórica, movimientos como el feminismo de segunda ola han abordado la premisa de que "lo personal es político", desafiando la dicotomía tradicional entre lo privado y lo público. Este enfoque ha sido fundamental para movilizar experiencias personales de opresión hacia un discurso colectivo de resistencia y emancipación. La teoría feminista contemporánea ha refinado esta premisa, reconociendo que las luchas personales contra la opresión de género se entrelazan intrínsecamente con las estructuras de poder más amplias que configuran el espacio público. Las colectivas, en su experiencia situada, no solo internalizan esta teoría, sino que la exteriorizan a través de prácticas comunitarias que reconfiguran literal y simbólicamente los espacios urbanos y rurales que ocupan.

En este sentido, la apropiación del espacio público no se reduce a una ocupación física; implica una reapropiación simbólica y emocional. Las colectivas transforman lugares de exclusión y marginalización en escenarios de resistencia y creación de identidad. Esto se manifiesta en la ocupación de plazas y calles para manifestaciones feministas, en la creación de murales y grafitis que visibilizan las historias y demandas de las mujeres, y en la organización de eventos culturales y educativos que desafían las narrativas dominantes.

La subjetividad política, construida a través de la experiencia personal y colectiva, se convierte así en un motor de cambio social. Las mujeres y personas no binarias en estas colectivas no solo reclaman el derecho a ocupar y definir los espacios públicos, sino que también

redefinen lo que significa ser sujeto político en una sociedad que históricamente las ha marginado. Esta transformación no solo desafía las estructuras de poder existentes, sino que también abre nuevas posibilidades a la idea actual de democracia de modo que sea inclusiva y participativa, donde la diversidad de voces y experiencias enriquece el tejido social y político.

La interseccionalidad emerge como un marco teórico y práctico esencial para comprender y abordar las complejidades de las luchas de género en contextos diversos y multifacéticos. A través del rastreo bibliográfico e histórico, se evidencia cómo las corrientes feministas han evolucionado desde enfoques monoculturales y centrados en clases privilegiadas hacia una comprensión más matizada de las intersecciones entre género, raza, clase, sexualidad y otras categorías de identidad.

Desde la experiencia situada de las colectivas, la interseccionalidad se convierte en una herramienta vital para reconocer y enfrentar las opresiones múltiples que afectan a las mujeres y personas de género no conforme. No se trata simplemente de añadir capas de análisis a las luchas feministas, sino de reconocer cómo estas capas se intersecan y se entrelazan en la vida cotidiana de las personas. Las colectivas no solo critican las estructuras patriarcales y sexistas, sino que también cuestionan las formas en que estas estructuras se entrelazan con el racismo, la colonialidad, la pobreza y otras formas de marginalización. Esto se manifiesta en la solidaridad activa entre diferentes movimientos sociales, donde la lucha por la igualdad de género se fusiona con la lucha contra el racismo, la explotación económica y la violencia estructural.

Así, la interseccionalidad debería no ser una postura radical que aisle los movimientos, como también se ha venido presenciando si no un punto radical de encuentro y colectivización, donde las diferencias no se ven como obstáculos insuperables, sino como puntos de conexión y solidaridad que fortalecen las luchas por la justicia social y la igualdad.

La regeneración de las nociones de política, lo político y la democracia representa un desafío y una oportunidad para construir una sociedad más inclusiva y participativa. Desde el rastreo bibliográfico e histórico, se observa cómo las formas tradicionales de política han sido criticadas por su exclusión de voces y su incapacidad para abordar las necesidades y aspiraciones de la mayoría de la población. Las colectivas, en su experiencia situada, plantean una redefinición de lo que significa ser políticamente activo y comprometido. No se limitan a participar en procesos electorales formales, sino que también construyen poder desde abajo, a través de prácticas de base que empoderan a las comunidades y desafían las estructuras de poder existentes.

En este sentido, el descenso desde las teorías abstractas hacia las prácticas concretas es fundamental. Las colectivas no solo critican las injusticias estructurales, sino que también proponen alternativas viables y sostenibles para una democracia más directa y participativa. Esto se evidencia en la organización de asambleas comunitarias, en la implementación de formas de gobierno horizontal y en la creación de espacios públicos donde las decisiones se toman de manera colectiva y transparente.

La democratización de lo político también implica la inclusión de diversas voces y perspectivas en los procesos de toma de decisiones. Las colectivas, al ser espacios de encuentro interseccional, promueven una democracia que reconoce y valora la diversidad de identidades, experiencias y opiniones. Esto no solo enriquece el debate público, sino que también fortalece la legitimidad y la autenticidad de las decisiones políticas.

Referencias Bibliográficas

Barber, K. (2019). El Feminismo Está En Un Momento De Lucha Abierta.

<https://www.pikaramagazine.com/2019/12/el-feminismo-esta-en-un-momento-de-lucha-abierta/>

Carosio, A. (2017). Red De Posgrados En Ciencias Sociales.

<https://www.clacso.org/movimientos-feministas-y-estados-en-america-latina-y-el-caribe/>

Cruz, D. (2020). Cuerpos, Territorios, Feminismo. Una Epistemología Latinoamericana Y

Caribeña. *Revista De Estudios Latinoamericanos*, 1(1), 43-54.

<https://dspace.ups.edu.ec/bitstream/123456789/21045/1/Cuerpos%20territorios%20feminismos%20LBP%202019-II.Pdf>

Curiel Pichardo, R. (2009). Descolonizando El Feminismo: Una Perspectiva Desde América

Latina Y El Caribe. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/75231>

Cusicanqui, S. (2018). Un Mundo Ch'ixi Es Posible. Ensayos Desde Un Presente En Crisis.

https://tintalimon.com.ar/public/S7loyv7qkqkfy9tlizbaucr6z67/Pdf_978-987-3687-36-5.Pdf

Echeverry, J. (2004). Territorio Como Cuerpo Y Territorio Como Naturaleza.

https://www.ecominga.uqam.ca/pdf/bibliographie/guide_lecture_6/5/1.alvaro_echeverri.pdf

Gabo, H. (2020). Del Cuerpo-Territorio Al Territorio-Cuerpo (De La Tierra): Contribuciones

Decoloniales. *Cultura Y Representaciones Sociales*, 15(29), 267-301. Epub 07 De Marzo

De 2022. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102020000200267&lng=es&tlng=es.

Habermas, J. (1981). Historia Y Crítica De La Opinión Pública. La Transformación Estructural De La Vida Pública <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=303085>

Lamus Canavate, D. (2010). De La Subversión A La Inclusión: Movimientos De Mujeres De La Segunda Ola En Colombia, 1975-2005. Instituto Colombiano De Antropología E Historia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53357>

Morales, A. (2013). Participación Política De Las Mujeres En Medellín Una Nueva Experiencia De Teoría Y Praxis Feminista: Escuela De Formación Feminista. (Trabajo De Grado De Pregrado). Universidad De Antioquia, Medellín.
<https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/13033>

Nieto, M. (2003). Derechos Políticos De Las Mujeres: ¿Revolución” Sin Sangre? Una Aproximación Para Entender El Caso Colombiano.
<https://repositorio.uniandes.edu.co/server/api/core/bitstreams/e2cac951-c112-4371-8539-c62cd7c664af/content>

Piña, M. (1992). Investigación Cualitativa En Educación: ¿Comprender O Transformar? Revista Investigación Educativa - N.º 20 - 1992 (P. 7-36)
https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/94922/1/01_RIE0212-4068N%C2%BA20A%C3%91O1992.Pdf

Rodríguez, E. (2013). Movimientos Juveniles En América Latina: Entre La Tradición Y La Innovación. Movimientos Juveniles En América Latina Y El Caribe: Entre La Tradición Y La Innovación, 17-37. <http://www.celaju.net/wp-content/publicaciones/2014/05/movimientos-juveniles-alc.pdf>

Rodríguez, Ernesto. (2003). Políticas Públicas De Juventud En América Latina: De La Construcción De Espacios Específicos, Al Desarrollo De Una Perspectiva Generacional.

Revista Latinoamericana De Ciencias Sociales, Niñez Y Juventud, 1(2), 15-43

[Http://Www.Scielo.Org.Co/SciELO.Php?Script=Sci_Arttext&Pid=S1692-715X2003000200002&Lng=En&Tlng=Es](http://Www.Scielo.Org.Co/SciELO.Php?Script=Sci_Arttext&Pid=S1692-715X2003000200002&Lng=En&Tlng=Es).

Santos, M; Rivas, G, Alayón, T. (2023). Memoria Y Feminismos: Cuerpos, Sentipensares Y Resistencias. Colecciones Miradas Latinoamericanas

[Https://Libreria.Clacso.Org/Publicacion.Php?P=2780&C=52](https://Libreria.Clacso.Org/Publicacion.Php?P=2780&C=52)

Segato, R. (2003). Las Estructuras Elementales De La Violencia.

[Https://Redmovimientos.Mx/Wp-Content/Uploads/2020/04/Segato-Rita.-Las-Estructuras-Elementales-De-La-Violencia-Comprimido.Pdf](https://Redmovimientos.Mx/Wp-Content/Uploads/2020/04/Segato-Rita.-Las-Estructuras-Elementales-De-La-Violencia-Comprimido.Pdf)

Vidal Moranta , T., & Pol Urrútia, E. (2005). La Apropiación Del Espacio: Una Propuesta Teórica Para Comprender La Vinculación Entre Las Personas Y Los Lugares. Anuario De Psicología, 36(3),281-297 ISSN: 0066-5126. Recuperado De:

[Https://Www.Redalyc.Org/Articulo.Oa?Id=97017406003](https://Www.Redalyc.Org/Articulo.Oa?Id=97017406003)

Viveros Vigoya, M. (2016). *La Interseccionalidad: Una Aproximación Situada A La Dominación*. Universidad Nacional Autónoma De México, Programa Universitario De Estudios De Género. [Https://Repositorio.Unal.Edu.Co/Handle/Unal/80372](https://Repositorio.Unal.Edu.Co/Handle/Unal/80372)

Terrazas Pastor, R., & Silva Murillo, R. (2013). La Educación Y La Sociedad Del Conocimiento. PERSPECTIVAS, (32),145-168.

<https://Www.Redalyc.Org/Articulo.Oa?Id=425941262005>

